

Yo Nací en Vanaluz

Coda Winters



Capítulo 1

El Sombreado Gutural

Las ventanas, abiertas de par en par, no captaban un rayo de luz. Compartían su destino con las puertas, con los marcos de piedras de distintas formas y colores que se veían, sin embargo, oscurecidas por el extraño fenómeno.

Caitlyn Saburov observaba en partes iguales con interés y distanciamiento. Ese pueblo no debía ser diferente a los muchos otros en los que había puesto un pie. A los catorce años, había recorrido buena parte de las ciudades del país, siguiendo el rastro de sus padres, que habían ido a quién sabe donde a parar.

Solo una cosa quedaba y era la ridícula fortuna que le habían dejado. La suficiente como para embarcarse ella misma en aquel viaje, en aquella búsqueda infructífera. Poco se sabía de a dónde había ido a parar la gente tras los recientes conflictos bélicos. Los padres de Caitlyn habían prometido que enviarían por ella. No solo no lo hicieron, sin embargo. Sino que habiendo pasado ya dos años, no había recibido ni una sola misiva de su parte.

Cuando uno de los más atentos sirvientes se atrevió a sugerir a la jovencita que tal vez habían sufrido el honroso destino del martirio, la catorceañera no dudó en despedirle. No importaron las súplicas. Ni las defensas de sus colegas trabajadores. Tampoco que aquel hombre le había cuidado desde la cuna.

Para ella, la sola idea de que sus padres habían muerto era insoslayable. Por eso, estaba empeñada en seguir adelante. Incluso si eso significaba atravesar más pueblos muertos como aquel.

Suspiró, con sus ojos entrecerrados, y pidió que el carro se detuviera. Algo en ese pueblo había llamado su atención, finalmente. Y es que, cuando ella había como siempre buscado la luz del sol para acariciar la pálida piel de la mano y simular, en el impacto de aquella radiación contra sus átomos, las caricias de su madre... Aquel lugar le había negado el lujo.

Abrió la ventana del carro y comprobó que se movían por un sendero de tierra. Tan pocos eran los caminos pavimentados que ella había escogido tomar. Y es que, a conciencia de que un mensaje desde las grandes ciudades no debía ser muy tardío, solo le quedaba a ella explorar las regiones más remotas del país, creyendo sus padres se habían forzado a

asentarse en alguno de esos sitios, por enfermedad, heridas o responsabilidad. Bien era sabido que incluso en tiempos de paz, soldados habían sido apostados. Tal vez sus padres estaban entre ellos. Tal vez, les encontraría en alguno de esos poblados.

Pero, allí no había nadie que siquiera remotamente pareciese un soldado. Y no había nada que siquiera remotamente pareciera un edificio militar. Los edificios tenían su edad, sin embargo, y Caitlyn pudo apreciar la arquitectura de época, con sus tejados elaborados y sus colores vivaces. Se preguntó por qué ya no los hacían así. De donde venía, los edificios eran blancos y grises, beige y marrones, o como mucho el sucio rojo del ladrillo, que ella tanto despreciaba.

A decir verdad, lo despreciaba porque una vez de niña uno había caído en su pie, mientras jugaba cerca a una construcción. Pero, qué se le va a hacer, pensó. Vengativa en secreto, se relamió sabiendo que aquellas personas habían partido a la guerra mientras que su joven persona: No.

Caitlyn se regodeaba de estar viva en un tiempo de tanta muerte. Ella no lo entendía del todo, a decir verdad, pero suponía tenía que ver con cierta superioridad. Tal vez era un modo de refugiarse en algo, de considerarse única cuando no había nadie para atender supreciado y frágil ego. Pero, muy en el fondo, se deleitaba sabiendo que en aquel país de miseria, ella estaba bien.

Lo estaba y lo estaría por muchos motivos, en realidad. Pero, ¿por qué adelantarnos a los hechos? Los hechos, después de todo, son un tanto difusos y, si somos sinceros, un poco problemáticos. Como una narrativa que cambia de estilo a mitad de un cuento, y se vuelve ponderante, como si algo en ella hubiera cobrado vida.

Pero, Caitlyn no tenía forma de saber de la mutación de su relato. No tenía idea, pero yo puedo confesartelo, a tí lector: esta ciudad es allí donde las historias de esta tierra van a parar. Es una espiral insaciable en donde las distintas líneas van arremolinándose. Toda historia que pase por este sitio es atrapada y devorada. Forzada a formar parte de su gran continuidad.

Tu puedes pensar que una manifestación de semejante clase no puede sino ser parte de alguna clase de conjuro o poder, que ha existido por todos los siglos pasados y existirá por los que hay por venir. Sin embargo, estarías lejos de la realidad.

¿Me creerías si te dijera que este es, en realidad, un fenómeno reciente? Reciente y común, inclusive. Es parte de la nueva era, fruto de las últimas modas, un reducto de post-modernidad tan extraño e insensato como la juventud y tan estricto y correcto como la sucesión de las palabras es

determinada en un lenguaje.

Pero volvamos a centrarnos en la querida Caitlyn. Mal haríamos en menospreciarla. Mimada por la suerte como lo es, no deja de ser un alma desafortunada. Y bien está dicho que esperar y tener esperanza es la solución contra tantos de los males del mundo.

Pero allí recae el primer error de Caitlyn: Ella no supo esperar. ¿Crees anticipar el modo en que pagaría por ello?

El punto es, sin embargo, que su carro se detuvo. Sus zapatos de diseño tocaron la calle de tierra, y ella la recorrió con la mirada, de esquina a esquina.

Era tan seguro como lo eran las tierras que anhelan paz tras una tragedia. Una seguridad forzada, fruto de saber que cualquiera de los vecinos buscaría detenerte si intentabas algo. O tal vez, era fruto de algo, o alguien más.

Lo cierto es que había mucha gente en la calle. Pero llamó la atención de Caitlyn el notar que eran todos jóvenes y pequeños, de distintas edades, pero ninguno mayor a los veinte años.

Los grandes cuidaban a los pequeños. Los pequeños vivían tanto como podían, sin dar lugar a las preocupaciones que afligían a los mayores. Caitlyn vió a los jovencitos, algunos de su edad.

No se reconoció en sus caras. En cambio, cuando buscó en la de los mayores, notó cierta preocupación existencial, cierto agobio con estar vivo que mejor representaba su estado natural desde que había emprendido el viaje.

Ordenó a su servidumbre permanecer en el carro y comenzó a andar. Bajó la vista y la vió de forma directa por primera vez: Aquella manifestación que le había negado la falsa caricia de su madre.

Era como una extraña sábana, o alguna suerte de manta. Pero, cuando tocó el suelo, lo sintió como tal. Musitó para sí, insegura ante el hecho. "Sin importar dónde esté el sol, la ciudad está rodeada en penumbra.", con sorpresa alzó la vista, buscando las caras que había visto.

Se sorprendió notando que había acostumbrado sus ojos sin siquiera pensarlo, a aquella sombra. Pero si se molestaba en ver más allá de los rasgos faciales que buscaba, había en efecto una cortina de tinieblas rodeándoles a todos. El sol brillaba en el cielo, pero la oscuridad reinaba en la tierra.

Caitlyn se mostró sorprendida, tanto como asustada, por el hecho. Pensó en exigir a la servidumbre que le acompañaba en el carro que partieran inmediatamente. Pero, en su lugar, decidió acercarse a alguno de los jóvenes, que tan divertidamente jugaban, corrían por aquella tierra oscurecida.

La expresión llena de desconcierto, se acercaría a un grupo de su edad.

“¿Qué no ven que sobre sus cabezas brilla el sol y sin embargo les rodea la sombra? ¿Qué clase de maleficio ha sido lanzado sobre esta tierra?”

Preguntó, con una suerte de cordialidad que era más bien impaciencia. Ella no lo sabía, pero se creía mejor que esa gente. ¿Por qué...? Si le preguntan a éste servidor, habríamos de suponer que se debe a cierta aversión natural a lo desconocido. Una aversión natural, pero no por eso poco mórbida cuando aplicada a nuestros compañeros humanos, que le llevaba a considerar a aquellos jóvenes como inferiores, en algún sentido.

Pero, lo cierto es que si lo analizamos detenidamente, podemos concluir algo interesante: Ellos se divertían. Y Caitlyn, claramente, no. Así que, ¿qué importaba, realmente? Lo que aquella joven dijera. Y ella protestaría, yo lo sé. Me preguntaría quién soy yo y qué derecho tengo a emitir estas palabras. Y tú te estarás preguntando, ¿por qué extendiendo tanto el tiempo en que ella recibiría su respuesta...?

Te sorprenderá sin embargo saber que no lo estoy haciendo. No solo no lo hago, sino que te lo he abreviado. Pues ella tardó una gran cantidad de minutos en darse cuenta.

Nadie le oía. ... tampoco parecían verle. ¿Acaso le ignoraban...? Tal idea enfurruñó profundamente a Caitlyn. Se alejó del grupo y comenzó a caminar por las calles, sin darse cuenta de que cada paso le alejaba de su verdadero propósito. Pronto se halló en medio de una plaza amplia con mucho verde y con un hermoso río pasando a través de ella.

Todos los colores, sin embargo, eran enmudecidos por la misma penumbra. No había sino verdes y azules oscuros, y el río era más bien de esas tonalidades negruzcas que el agua obtiene sin fuentes de luz que la acompañen.

Caitlyn se sentó junto al río, ensimismada. Desde allí y con esa luz, el agua del río parecía alguna suerte de petróleo. De líquido negruzco el cuál, si llegase a caer en su interior, podría atraparla, tragarla, devorarla toda. Ponerle fin a su existencia en una breve instancia.

Se preguntó si ese sería un final adecuado para su historia y su búsqueda. Alguna parte de sí aceptando en secreto que jamás encontraría a sus

padres.

La deliberación tomó más de lo que ella querría admitir. Puesto que cuando concluyó que no, realmente no había propósito en tan triste final, era la luna aquella cuya luz se veía negada por aquel extraño sombreado.

Notó bajo su brillo, sin embargo, que la oscuridad vibraba, suavemente. Como un espejismo en la distancia, producía suaves ondulaciones, y cada tanto parecía levantarse del suelo.

“Me recuerda a los gritos de mi padre.”, pensaría ella, aceptando por primera vez en años la imperfección de sus progenitores. Lenta y calmadamente, su pedestal y su misión iban deconstruyéndose.

Asustada por sus ideales defenestrados, la joven se incorporó. Un grupo de chicas que habían tenido un día en el prado pasó caminando por un puente cercano.

Ella intentó hablarles, llamarles, hacerles señas. Infructiferamente, una vez más.

Algo en aquello pareció verdaderamente afligirle, puesto que cuando se dió cuenta, lloraba vivamente, de rodillas, en el suelo. Nunca le había dolido tanto no poder hablar, cuando se habíapreciado por años de no tener que hacerlo con tantas personas, de estar por encima de ello.

Algo distinto encajaba en ella, cuando descubría su propia realidad. Pero, lejos de alegrarle. Le enfureció. Le enfureció profundamente, y comenzó a tirar rocas a las chicas. La oscuridad le impidió discernir si falló o les atravesó como si no estuvieran, pero lo cierto es que no obtuvo reacción alguna.

En su lugar, sin embargo, solo consiguió producirse aún más dolor. Dolor que iba acumulándose, tornando en roja su visión. Pero un rojo oscuro, como la sangre seca. Como el otoño en ese pueblo, seguramente. Donde los tonos naranjas y amarillentos tan hermosos que ella adoraba se verían mancillados por la inclemente sombra.

Ella sonrió amargamente. Mantuvo la vista baja cuando los pasos se acercaron. No le importó que lo hicieran. Creyó que nadie le veía de todos modos.

Cuando alzó la vista, sin embargo, se encontró con una mujer viéndole fijamente. Le tendió la mano, vestida con ropas de servidumbre, uniformada incluso. Pero, algo en lo raído de las mismas, le dijo que no debía confiar en ella.

Algo en sus ojos, sin embargo, le expresaba profundamente lo contrario. Una luz, un fulgor que atrapaba su corazón, le hacía creer había llegado al final de un difícil y enrevesado viaje. "Bienvenida a Vanaluz", dijo la mujer.

Ese fue el final de Caitlyn, aunque ella todavía no lo sabía.

Capítulo 2

II

La Pócima de la Mentira

Como toda buena fantasía, hoy nos concierne la que es llamada una bruja. De nombre poco convencional, una tal "Agravialle", a la que se le decía tan pérfida como absolutamente encantadora. Poco se sabe con certeza de tan extraña figura, pero figuremos que es un peligro para aquel que se la encontrase.

En pos de demostrar nuestro caso rebobinemos, sin ir más lejos, a la mañana previa a la llegada de Caitlyn a Vanaluz. Los niños jugaban ya desde la madrugada. Era extraño, pero uno de los pocos hábitos que habían conservado desde la partida de los padres.

Solían acostarse y levantarse temprano, como si tuviesen que ir a la escuela u obedecer alguna clase de rutina al otro día, cuando en realidad estaban a unas prendas y un módico de educación de ser algo similar a salvajes.

Los mayores, compadecidos, eran quienes les guiaban y protegían. Especialmente el joven alcalde, que había tomado las riendas poco después de que el llamado a la guerra hubiera sido hecho. Decenas de padres habían partido a la batalla en el esfuerzo final por defender la tierra. El resultado eran cientos de huérfanos.

Nadie sabe cómo fue que en este pueblo no quedó ningún adulto, cómo nadie llegó a siquiera considerar el mal que estaban haciendo. Pero, lo cierto es que estamos mintiendo parcialmente. Quedó una persona que podrías considerar adulta. Si es que podías considerarla persona.

Hay quien le decía fantasma. Hay quien decía que era un cadáver andante. Hay quien decía, que era el demonio encarnado en una mujer. Creyeras lo que creyeras, lo cierto es que Agravialle era muy agradable a la vista, capaz de desarmar hasta al más vivaz escéptico.

Sin embargo, todos los chicos tenían por costumbre no acercarse. Los adolescentes solo hacían trato con ella cuando sabían en qué se metían (o creían saberlo). Los más "adultos" solo la ignoraban, a sabiendas de que sin atención era poco más que una vagabunda.

Pero ella sabía ganarse la atención, y tal fue el hecho de aquella mañana, que en el bar o el café del pueblo, apenas se abrieron las puertas, llegó la mujer andando con un ritmo difícil de precisar, pero no por eso menos hipnótico. Como si tuviese la cadencia perfecta, la sintonía apropiada para

llamar la atención de los ojos y los sentidos.

Se sentó frente a aquel que atendía, que por cierto se llamaba Gauss, y viéndole fijamente, le dijo con la sencillez propia de quien disfruta de dar malas noticias.

“Los niños de la esquina han muerto.” Dijo, con una sonrisa, viendo fijamente al joven que reaccionaría horrorizado. Contaría entonces la bruja cómo fue que les vió jugando cerca al río, solo para caer trágicamente en este en medio de una crecida a mitad de la noche.

Añadió que era una lástima no tuviesen los buenos hábitos de sus hermanos y hermanas del pueblo de irse a dormir temprano, y que tal decisión les había costado caro.

Gauss lamentó profundamente la pérdida de los niños, y pidiéndole permiso a la bruja, se encaminó para buscar sus cuerpos y velarlos. La bruja tomó entonces su lugar en el café, y atendió a los primeros clientes de la mañana.

No hubo alguno que no reaccionara con suspicacia al verla. Después de todo, había incluso en su apariencia una cierta perturbación. Se ha hablado mucho en tiempos de modernidad del valle inquietante, y podemos decir algo parecido de esta mujer.

Era tan cercana al ideal de belleza que no parecía sino una suerte de simulacro, una trampa evidente, esperando a aquel que cayera en su anzuelo.

Prudentes, todos, fueron vigilantes de cómo ella preparaba los pedidos y se negaron a cualquier sugerencia o extraña idea que la temible mujer llegase a presentar. No fueron pocas, ha de señalarse.

Y no era nuevo, tampoco. Hacía tiempo que estaban acostumbrados al hecho de que aquella persona parecía tener para todos un destino escrito, fijo en piedra, y acaso sin que ellos lo notasen les empujaba suavemente en tal dirección cada día.

Pero, hoy la mujer rezongó. Nadie atendía a sus sugerencias. Nadie venía a buscarle. Estaba sola, y sola se habría quedado, de no ser por algo que llamó poderosamente su atención.

Algo malo, verdaderamente. ...pues había una niña andando sola, y los niños solitarios son, como todos sabemos, el pan de cada día para las brujas hambrientas. Hacía tiempo que no veía a un joven andando solo a plena luz del día. Toda la gente del pueblo había aprendido por las malas

a estar siempre en grupo, con tal de evitarse problemas con ella.

Pero, esa niña no era de por allí. Ella lo supo pronto, y se encaminó en su dirección, dejando atrás el café como a quien sus responsabilidades no le importan. Sus ojos algo desenfocados, por un momento, un semblante oscuro y temible hizo dubitar a cualquiera que intentase detenerla, recordarle de su compromiso de cuidar el sitio.

La bruja se dirigiría entonces al parque. Allí, una niña lloraba de rodillas. Aceptaba la pérdida, y la bruja podía leerlo. Algo en aquello pareció llegar profundamente a la bruja, que vió fijamente a la pequeña, con atención de madre. Incluso intentó posar una mano en la cabeza, cosa que ella resistió, alejándose.

Por unos momentos. Las sombras que alteraban la ciudad cubrían también los ojos de la bruja. Ella sabía lo que era desconfiar. Conocía muy bien los pormenores y los dolores de coexistir con una ausencia. Y es que, allí donde sus seres queridos habían procedido al olvido o lo que hubiera más allá, a ella le habían dejado atrás. ¿Era casualidad...? ¿Fue por algo que hizo...? ¿Fue un deajo cruel del destino...? Nunca lo supo, pero... Se forzó a volver al presente. E iluminar, una vez más, su rostro.

“Bienvenida a Vanaluz.”, había dicho, con una amigable sonrisa y su rostro más encantador.

“¿Vana...luz? ¿Así se llama este sitio...?”, la jovencita preguntó con cierto temor en su voz.

“Tal es su nombre. Puedo ver el desconsuelo en tus ojos y en tus gestos, querida. Déjame adivinar. ¿Quisieras ser vista por quienes aquí habitan...?”, los ojos de la catorceañera brillaron, como si su mente hubiera sido leída.

“... claro que sí. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no me ven...?”, preguntó, cabizbaja una vez más. “¿Qué es esta sombra que todo lo cubre y lo impregna...?”

“La sombra ha estado con nosotros desde que los adultos marcharon, jovencita. Los jóvenes la han traído consigo, en su melancolía.”

“... ¿Por eso no pueden ver...?”

“¿Qué tienen necesidad de ver...? ¿Abrirías tus ojos, si la soledad fuese todo lo que te aguardase...?”

“...”

Enmudeció, Caitlyn. No lo había pensado de ese modo. Y sin embargo, tenía todo el sentido del mundo. Ella también había dejado de ver cuando sus padres se fueron. Había perdido su empatía y su conciencia de los demás.

Ahora que lo pensaba, era tan evidente como natural, que allí sucediera algo como eso. ¿Sus padres, se habían ido...? ¿Habría sido, a la guerra, también...?

Tal vez tenía más en común con ellos de lo que inicialmente creía. Tal vez su arrogancia descarada había sido inmerecida.

“Por favor. Quiero que puedan verme.”, pidió.

De pronto, todo lo que quería era un abrazo. Agravialle sonrió. Y sonrió de un modo tal que encandiló a la joven. Se inclinó, suavemente, para ponerse a su nivel, los ojos fijos en los de ella.

“Necesitaré que tomes esta botella y la llenes de agua del río. Una vez hayas terminado, has de entregármela y cerrar tus ojos, seguir mis instrucciones.”

Junto con las palabras vino una botella sencilla, de vidrio. A Caitlyn le recordó a aquellas que los químicos usan para almacenar sus extrañas pócimas. Le fue evidente, entonces, que aquella mujer era alguna clase de científica, y por tanto iba a hacer uso de sus conocimientos para aliviar su malestar.

Agradeció, llevando una mano a su pecho, la suerte de contar con tan especial aparición. Agravialle aguardó calmadamente mientras la joven bajaba hacia el río, moviéndose con cuidado entre los surcos que el agua dejaba en sus crecidas. Se inclinó sobre la corriente, y comenzó a llenar la botella de agua.

Pero, por más que lo intentaba, siempre quedaba un poco por llenar. Sea que el agua se rebalsara y cayera. Sea que de algún modo inexplicable desapareciera. Nunca parecía estar del todo lista.

...la jovencita lo repitió, una y otra vez. Finalmente, encontró una solución para el problema. Juntó agua en una de sus manos y llenó el frasco con esta, completando su relleno.

Algo de ingenio nunca viene mal y lo cierto es que, por fortuna o desdicha, a esta niña no le faltaba. Con la botella llena, regresó donde la mujer, que le veía con una sonrisa.

Entregó la botella y cerró inmediatamente los ojos, alistándose para

seguir sus instrucciones.

Escuchó entonces murmullos, palabras musitadas que no podía comprender, pero aún así le hablaban de sombras y males, de dolores, esperpentos, sacrificios y sufrimientos. Ella tembló en el sitio. Pero algo le dijo que todo aquello no eran más que sus ideas.

Después de todo, ¿qué prueba tenía? Aquella mujer no había sido sino lo más buena posible con ella y allí iba ella, Caitlyn, a quejarse, a verle en mal, a juzgarle, solo por no conocer el lenguaje que hablaba.

Ya había juzgado erróneamente a la gente del pueblo. No quería hacer lo mismo con la única persona que podía verle.

Así que, cuando Agravialle le dijo que tomara de la botella que le entregó, y ella lo hizo, no dubitó. No dubitó cuando sintió un sabor más bien ácido ni la espuma y el sonido de la efervescencia.

No dudó tampoco cuando su cuerpo comenzó a temblar, o cuando sintió un objeto esférico ingresar a sus labios desde la botella. La mujer le dijo que debía tragarlo, y ella lo hizo sin dudar.

Abrió pronto los ojos. ¿...el sitio, ya no tenía sombras? Todo se veía, clara y perfectamente. La gente moviéndose, los juegos, las personas. Algunas, incluso, voltearon a verla, con curiosidad y amabilidad.

Caitlyn sonrió, sus ojos se anegaron, como atestados de aquel deseo por fin cumplido. Algo en ella se satisfacía, estaba por fin en un sitio en que quería estar. Pensar que había dudado tanto en bajarse de aquel coche, de aquel sitio, en aquella ciudad, Vanaluz.

No fue sino hasta que estiró la mano que descubrió que algo andaba mal. Seguía siendo suya, pero la ropa era distinta. Parpadeó, y se vió a sí misma. Se reconocía, y no se reconocía a la vez. De hecho, de pronto dudaba de si su nombre era realmente Caitlyn.

... de hecho, ¿no era ese el sonido del carro con su servidumbre saliendo? De hecho, ¿...por qué le importaba poco y nada?

Pronto identificó a la bruja, que le veía sentada en una banca. Ella le sonrió.

“Te he dado una pócima para ver. Todo lo que antes te era negado, ahora te es cierto.”

“Pero, ¿por qué? ¿Por qué si puedo ver con claridad, todo lo que tuve se

ha desvanecido?”, preguntó la joven, dolida.

“Tal es el precio a pagar cuando tomas la Pócima de la Mentira. Ahora, ¿por qué no decides? ¿Qué vale más...? ¿Lo que has ganado, o lo que se ha ido?”

La joven, honestamente, no supo responder.

Capítulo 3

III

La Guardiana de la Careta

Era de madrugada todavía, el mismo día que hoy nos ocupa. Y se dió, que una jovencita bailaba un vals imaginario. Disfrutaba de jugar, distraerse en su casa, en la solitud del ambiente. ¿Pero, qué era, lo que le llenaba de dicha, cuando tantos otros niños escondían su melancolía?

Es que, tras haberse ido sus padres, ella se había transformado en la única, incomparable. Se decía a sí misma, la "Guardiana de la Careta". Y es que era quien se interponía entre la Careta y el salvajismo de la intemperie.

¿Pero quién era la Careta? Careta era el apodo de un joven de rostro siniestro y actitud esquivada, que había aparecido hacía un tiempo atrás, en Vanaluz. Era un niño de poco más de catorce años, no muy distinto a ella.

Pero, tenía consigo un maravilloso rasgo que había atraído tanto la sorpresa como la curiosidad de los habitantes del pueblo. Dos cuernos, de la textura y solidez del hueso, tanto puntiagudos como un tanto retorcidos.

Él los llevaba con orgullo, y parecía bastante dichoso de tenerlos consigo, aunque secretivo respecto a su significado. No se sabía entre el pueblo cómo era posible que existiese un joven con tales cualidades. De un modo u otro, la sorpresa pasó pronto para los habitantes del sitio, y en su lugar se compadecieron del mismo, lo suficiente como para que el padre de la joven que bailaba decidiera adoptarle.

Esta joven había adquirido desde tempranos días un interés peculiar, por aquella pobre criatura. Le cuidaba con aprecio y trataba como a su hermanito.

A decir verdad, el joven pronto demostró tener una actitud que coincidía con su endemoniada apariencia. Era un pirómano hecho y derecho, a su corta edad. Sabía encender fuegos y disfrutaba con verlos, para terror de toda la población.

Pero, a ella no le importaba. Ella le contenía, le buscaba, le distraía de sus instintos, de modo tal que evitaba una tragedia, y esa tragedia evitaba su tal vez de otro modo inevitable abandono por el pueblo.

Lo cierto es que había en su interés por Careta una suerte de obsesión poco sana. Propia de quien mira con condescendencia y se cree con poder sobre el que considera tiene menos. Si tomáramos sus intenciones como meramente puras, les haríamos un magro servicio.

Aprovechaba, después de todo, a su nuevo amigo para que nadie se metiera con su persona. Se aseguraba, de que siempre le acompañase, y nunca les decían que no, por temor a las represalias.

Pero, tal vez no era tan malo, ¿verdad...? Al final del día... Ella le necesitaba tanto como él a ella.

Aunque imperfecta, la combinación servía. A decir verdad, el romanticismo es lo último que pasaba por sus inocentes cabezas, uno pensaría al verles. Mucho más era el sentimiento de que, gracias al otro, de algún modo se mantenían.

En arrogancia, en crueldad, en intimidación. En protección, en cuidado y en ayudar a otros. En cosas malas y en cosas buenas. Es en vano buscar un blanco o un negro en un caso como este, pues habríamos de concluir que era tan útil como peligroso, tan especial como horrible, tan insano como interesante.

En efecto, tan peculiar relación había vuelto a la joven, llamada Myrla, la Guardiana de la Careta, título que llevaba con honor. Desde que sus padres partieran, había podido disfrutar a pleno de los beneficios, así como ser más permisiva con él.

Ocasionalmente, algún edificio u árbol era prendido fuego por el joven Careta para espectáculo de todos los jóvenes, que veían hipnotizados.

La imagen del fuego consumiéndose era, secretamente, uno de los anhelos de muchos. No hay lugar, después de todo, como aquel en que se ha crecido, para sentirse a gusto y a la vez limitado, para sentir paz y a la vez presión.

Verlo arder era la catarsis en su estado más puro, sentir el peso de cada ladrillo y tablón derrumbarse, oír el repiqueteo del fuego resquebrajando las superficies, sentir el humo de las memorias perdidas para ya no volver. El sitio imponente se volvía menos que nada. La realidad dejaba de limitarles un poco cuando eran capaces de darle forma, a aquel espacio que tanto querían y tanto odiaban.

Solo una promesa vacía les mantenía en Vanaluz. La idea de que tal vez... Solo tal vez.... Un día, sus padres volverían.

Y ellos no querían que encontraran las casas vacías, ¿verdad? La mayoría de los jóvenes observaban este hecho con recelo y dolor. Como si un

contrato que jamás habían firmado les atase a ese sitio para siempre.

Pero Myrla, sin embargo... Myrla sonreía, solo perturbada por gente que no acataba sus demandas. No le importaban tanto sus padres como le importaba poder hacer de las suyas. Era una joven de difícil tratar, con un gran ojo artístico, pero un pésimo ojo práctico. Podríamos llamarle torpe, de no ser porque sabía con sus manos construir obras de arte.

Y aunque todos sabemos que el artista enloquecido no es más que un estereotipo, es bien sabido que los estereotipos nos influyen si es que nos los creemos. Y tal era el caso de Myrla, tan excéntrica como arrogante.

Tan creída como humilde, tan especial como cruel. De cierto modo, su vida era el lienzo. E incluso la sangre, el dolor que dejaba en otras personas, era parte de la pintura.

Y Careta, Careta era parte de su magnífico repertorio de herramientas. Tal vez, podríamos decir, que era su favorita. Que usaba para tallar en terror, esculpir la ciudad acariciándola con llamas. A sus anchas. A su merced. Solo alguien les hacía frente, y ese era el joven Alcalde, que se aseguraba siempre de que no hiriesen a nadie.

Tú podrías, sabiendo esto, pensar que ella era una mala persona. Y eso no estaría estrictamente equivocado. Myrla es una joven aprovechada y sin duda sacaba ventaja del joven perdido. Pero el joven perdido jamás evitó ocultarse tras la espalda de ella cuando les castigaban, o aprovechar el buen trato que ella recibía para conseguir favores.

Ambos eran, en cierto modo, cómplices. Cómplices en secreto, sin siquiera decirlo entre ellos. Solo importaba que funcionaba. Eso era todo lo que debía importar, ¿verdad?

Pero... ...pero así no es como las cosas funcionan, tristemente. Y es que, mientras Myrla se encaminaba hacia el cuarto de Careta, se anticipaba una terrible sorpresa.

Conforme se acercaba a la puerta, sus ojos fueron ensombreciendo. La expresión distinta, menos amena, más entristecida. Recuerdos asomaban por los pasillos de su mente. Una memoria ya un tanto difusa por el paso del tiempo. Pese a fragmentos de la misma ser tan recientes como el día previo.

Y es que hacía varios años, cuando él había llegado, cuando el joven Careta había incurrido en su primer episodio de completa locura, fue Myrla quien, viéndole con ojos juguetones, evitó que causara daños. Desde la ventana de su cuarto, que daba hacia la plaza donde el joven amenazaba con prender fuego los árboles, ella comenzó a tocar una melodía, en el

violín que su padre le había traído de uno de sus viajes a la capital.

El efecto fue progresivo, pero notorio. El joven comenzó a calmarse. Se relajó, entrecerrando los ojos. ...como si la melodía le trajese una dicha de difícil precisión. Hay quien jura que le oyó musitar: "Tienes su melodía."

Pero, el significado de esas palabras nunca fue sabido. Aún así, la joven Myrla convenció a sus padres de acoger al ahora bautizado Careta, por su expresión maniática y de esos episodios violentos.

Desde entonces, habían sido inseparables. Al menos, hasta el día previo. Un recuerdo distinto pasaba pronto por la memoria de Myrla. Cuando extendía la mano hacia el picaporte, recordaba con dolor el momento en que sus padres habían marchado.

Sus expresiones tristes, dolosas. Ella aún no lo comprendía. El absurdo del escenario no le dejaba dormir. Ella no penaba como sus hermanos y hermanas de Vanaluz, pero sí sufría una desdicha distinta. La desdicha del artista que ve un trabajo mal hecho.

Desdeñaba Vanaluz. Desdeñaba sus formas, sus ideas, sus calles, sus letras. Desdeñaba su existencia. Le parecía ridículo que no quedasen adultos. Le parecía forzado que no hubiesen modos de salir.

Pero, esa era la realidad que vivían. Y conforme se resignaba una vez más, laGuardiana abrió la puerta del cuarto. Lo que vio le dejó en silencio. Corrió al suyo propio. Corrió al baño, a la cocina, al patio. Sacó su violín de su estuche y comenzó a tocar.

Pero nada funcionó. Nada podía remediar lo que había sucedido. Careta no estaba. Eso no impidió a la joven tocar, llamarle de tantos modos como fuese posible, por toda la ciudad. ¿Por qué tal exabrupto...?

Es que, el joven de cuernos nunca salía sin ella. Y era en la dolosa realización de la verdadera soledad que Myrla recibió por vez primera una dosis de la melancolía de Vanaluz. El dolor no fue menor, y ese día gritó y lloró terriblemente.

¿Por qué...?

¿Por qué él había huído...? ¿Acaso hizo algo mal...? ¿Acaso le lastimó...? ¿Acaso habían hecho algo con él...?

Por más que lo pensaba, Myrla no tenía respuesta. Se durmió, agotada por la búsqueda, en medio del llanto.

Pero, fuese su psique intentando preservarse, fuese el destino, o fuese la casualidad. Aquella tarde soñaría con algo que nunca había pasado. Bajo la vana luz de las estrellas... En medio de la plaza donde le había visto, por primera vez. - ella, unía sus labios, con ternura y suavidad, a los de él, que le sonreía, calmadamente.

Eventualmente el sueño terminaría. Y pese a todo, ella despertaría con una gran sonrisa. Sin embargo, era evidente.

La Guardiania de la Careta había fallado.

Capítulo 4

Sopesó que habían tardado varias horas en el proceso, pues ya caía la tarde. Sin embargo, no era por eso menos odioso. Examinó el río y determinó que en efecto había habido una crecida. Ahora no quedaba más que hacer que velar a los niños.

El velatorio fue público, pero de pequeña concurrencia. Solo un montón de chicos llorando, llorando la pérdida, llorando el olvido. Llorando porque, rompiéndose por un momento la ilusión en que vivían, solo les quedaban dos cosas: Llorar y morir.

Escuchó el joven, llamado Gauss, que a la niña le faltaba un ojo. Tan mórbido detalle no hizo más que causarle un dolor de cabeza. ¿Cómo podía ser...? ¿Qué clase de cruel manifestación acuática habría quitado el ojo a la pequeña...? De por sí era un doloso remiendo. Él la había visto de cerca, y el agua había sido impiadosa.

Ahogar es una de las peores formas de morir. Sea aplastado por las mareas del agua, o perdido en la maraña del olvido. Él lo sabía, y por eso le dolió más ser quien echaba tierra encima de los cuerpos. Sin adultos para ocuparse, solo quedaban ellos mismos para hacerlo.

El funeral de lágrimas terminó, y la sepultura, cristiana por mera herencia de quienes les abandonaron, había sido finalizada. Fueron dispersándose. Algunos volvieron a la ilusión tan rápido que, aún con lágrimas en los ojos, comenzaron a jugar y reír.

Gauss no supo si eso era mejor o peor. Él volvió al café, para encontrarlo desatendido. La bruja se había marchado. Era típico, sin embargo. No era más que el pan de cada día. Gauss se preguntó si no sería alguna clase de encanto el que habría usado la bruja para convencerle de que le dejase ocuparse. Debería ya haber aprendido la lección para la enésima vez que sucedía. Inseguro, recorrió la barra con una de sus manos, buscando cobijo en la suave sensación de la madera.

Suspiró con voz tenue. Habiendo atendido a los clientes que se habían presentado (siempre los mismos, siempre a la misma hora, siempre pidiendo la misma cosa), Gauss se retiró al cuarto de atrás. Allí se sentó frente a una mesa y comenzó a garabatear, tachar cosas en un cuaderno.

¿Qué era, se preguntarán...? Les sorprenderá saber que se trataba de todos los métodos que él podía pensar para salir de Vanaluz. Por barco,

por el bosque, por las calles destruidas, por el cielo, por bajo la tierra. Cada idea, por más tonta, más ridícula, había sido considerada, solo para ser descartada.

De entrada, obviamente no quedaba en la ciudad alguien con la capacidad para ingeniar algunas de las ideas más elaboradas. Y las sencillas resultaban simplemente terroríficas. Las calles no habían sido limpiadas en años. Tal vez fruto de algún resentimiento, los jóvenes se habían conformado con dejarlas así. Se decía habían bandidos y asesinos en el bosque limítrofe. Solo el Alcalde Evergreen les mantenía alejados.

El río no era una opción. Las crecidas eran notorias y el cauce traicionero. No hacía más falta que ver el destino de los niños para darse cuenta. E incluso entonces, nada garantizaba que más allá en el río no fuese a haber un problema.

Gauss suspiró una vez más, derrotado. Garabateó algo en el inferior de la página y se levantó una vez más. Se dispuso a cerrar el café y salir a caminar, como siempre lo hacía. Siempre a la misma hora. Siempre la misma ruta.

Pero hoy sucedería algo extraordinario en su camino. Y es que al paso de Gauss saldría una persona. ¿Quién podría ser...? De nuestro cast de sospechosos, resultó ser la joven Myrla, con los ojos anegados.

Gauss se acercó con un pañuelo, para limpiar sus ojos. La trataba como una hermanita. Todos en el pueblo eran hermanos, después de todo. Ella se aferró, sollozando en su pecho, musitando palabras vagas. Gauss temió lo peor.

“¿Ha hecho algo tu amigo Careta...?”

“¡No está! ¡Mi amigo Careta no está!”

Respondió ella, con audible dolor. Gauss abrió los ojos como platos. Pero, mientras Myrla pensaba en el dolor de la pérdida por vez primera, él temía por sus hermanos y hermanas.

Era sabido que el joven era peligroso, bastante. Y su ausencia no podía ser un buen augurio para la ciudad.

Pero fue antes de que tomase la decisión de actuar que una figura nueva salió de entre los edificios. El escándalo de Myrla había llamado ya la atención de mucha gente, pero quien apareció esta vez era... La bruja, Agravialle.

“No han de buscarle. Él regresará.”

“... ¿Cómo lo sabes...?”, preguntó Gauss, con cierta impaciencia.

“Lo he visto. Estará bien.” Respondería la bruja.

“¡Caretta! ¡¿Dónde está Caretta?!”, preguntaría Myrla.

“Más bien. Se acerca la hora.”, respondió ella, ignorándole.

...y fue en ese momento que sonaron las campanas. ¿El Alcalde... llamaba a una reunión? La gente del pueblo comenzó a encaminarse. Si había algo que podía sacarles del trance de la rutina, eso era un llamado del Alcalde.

Mientras Gauss se encaminaba, Agravialle se le acercó, con palabras alarmantes.

“Tu hermana...”

“Lo sé.”

“No lo sabes.”

“¿A qué te refieres?”

“Exacto. Tu hermana...”

Por un segundo, el corazón de Gauss se detuvo. Lo presentía, veía venir el golpe. Pero lo compartía, lo aceptaría. Seguiría adelante. Era lo apropiado, lo correcto, lo que debía hacer. ¿Verdad...-

“- quiere destruir el Sombreado Gutural.”

Por segunda vez en poco tiempo, los ojos de Gauss se abrieron como platos. Y es que... ...no podría haber estado más equivocado.

Su hermana, mientras tanto. Había ido a buscarle para salir juntos a ver al Alcalde. Solo para encontrar, con una expresión dolida. Un papel con la siguiente inscripción:

“Mi hermana no quiere vivir aquí.”

Capítulo 5

V

Yo reparto los periódicos

Se esmeró lo más que pudo en contemplar la página en blanco. Sus detalles, sus rasgos. Los problemas, las imperfecciones. El lienzo, en el que tanto la bendición como el desastre podían ser dibujados. Él siempre envidió a los escritores. Siempre pensó que, mientras que él no podía hacer más que espejar los hechos, los escritores tienen la libertad de dejar volar su imaginación. Poco sabía él del trabajo narrativo que realizan los periodistas, y del trabajo de reflejo que realizan los escritores.

Era, entonces, un joven ingenuo. Pero de buen corazón. Todos querían a Mateu. Era de los más grandes en Vanaluz. Y sin embargo, tenía un alma de niño y eso todos lo sabían. Él había sido una de las pocas personas que conoció el mundo exterior antes de la guerra. Había ido a estudiar periodismo a la capital. Y al parecer la fortuna quiso sonreírle, porque trajo consigo dos tesoros, fruto de un sorteo. El primero era una máquina cuyo propósito no era claro para él.

Pero el segundo. Ah, el segundo. El segundo era una bendición caída del cielo. Se trataba de nada más y nada menos que su propia prensa. Algo vieja, pero lo suficientemente portátil. Un instrumento antiguo en la época de las computadoras, pero valioso para él.

No había ninguna computadora en Vanaluz, por cierto. Así que todas las noticias provenían del joven que, constantemente, publicaba las novedades. ¿Qué novedades...? Allí está la cosa, verán.

No había ninguna en absoluto. No había en Vanaluz nada que contar, salvando las tragedias y los desamparos. Pues como habrán notado, aunque algunos incidentes rompen la rutina, todos hacen exactamente lo mismo, todos los días.

Como propuesta, entonces, era fútil, porque no había nada que reportar. Era un esfuerzo vano, lágrimas cayendo sobre el abismo. Y sin embargo, el joven no se detenía. Si algo, ponía el doble de esfuerzo. Como si fuese su labor, su inexplicable deber, el de plasmar la rutina en aquellas páginas.

No fuese a ser que algún día, algo se le escapase. Algo se le escapase y no estuviera allí para reportarlo. Hoy era un gran ejemplo: Una recién llegada, dos niños muertos, un joven perdido.

Mateu no disfrutaba de la tragedia. Pero encontraba en ella el perfecto catalizador para sus dotes poéticas, para expresar, compartir su dolor con el pueblo. Y es que no solo él imprimía los periódicos, sino que también los repartía.

Los repartía por la ciudad, visitando a todas y cada una de las personas. Algunas le veían con suspicacia. Otras le veían con familiaridad y apego. Pero todas, sin excepción, aceptaban su periódico como parte de la rutina. Todos, también, salvo el Alcalde Evergreen, que conservaba archivo, tiraban el diario al final del día, inconcientes tal vez del esfuerzo que había supuesto al joven Mateu.

Pero hay allí un gran asterisco al que volveremos pronto. Y es que, en su ronda diaria para repartirlos, el joven Mateu se topó con una jovencita llorando, junto al río. Se acercó, entonces, a sabiendas de que los niños que lloran expresan el dolor en su alma, la incomodidad en el espacio, en el tiempo, en su realidad.

“¿Estás bien, Caitlyn...?”, preguntó, con voz serena.

“... ¿Cómo sabes mi nombre...?”, la joven reaccionó con miedo, alejándose.

“Yo reparto los periódicos.”, dijo él, con una sonrisa. “Es natural que sepa todos los nombres.”

Caitlyn no pareció convencida por la respuesta. Si algo, le parecía tan absurda como el resto de Vanaluz realmente era. Su corazón aún no había sido del todo mellado por el extraordinario fenómeno que a la ciudad nublaba.

Así que vio a aquel joven con duda. Con evidente temor respecto a su destino. Él, sin embargo, hincó una rodilla, se puso a su nivel, y le sonrió. Le vio con fijeza a los ojos y había algo en su mirada, algo que existe en las buenas personas, un brillo indescriptible, un calor propio de en quien se puede confiar.

Pero Caitlyn sabía que las apariencias engañan. Y al engaño temía, le temía desde que aquella bruja, pues ahora la llamaba propiamente, le había engañado. Ella había perdido todo, y solo tenía consigo su nombre y poco más.

Mateu bajó la vista, apenado por el dolor que claramente recorría a la joven. Podía entender lo que era dejar todo atrás.

“Escúchame. La pena que te aqueja es natural. Te has encontrado con

la bruja, ¿verdad...?”

“... sí.”

“Pero ahora eres parte de nosotros. ¿No te gustaría conocernos...?”

Ella dubitó. Algo de aquella aristocracia quedaba aún consigo. Se preguntó qué podía querer ella con un montón de pueblerinos. Sin notar que era su orgullo una vez más el que le impedía acercarse.

Pero había también un instinto de protección, uno difícil de superar. Sin embargo, algo lo hizo. Y era la necesidad. De amistad, de compañía. Una pérdida que había sentido desde mucho antes de venir a Vanaluz. Una pérdida que, tal vez, le había traído allí, para comenzar.

Fue así como asintió y se acercó a Mateu, quien le invitó a acompañarle en su ruta. Caitlyn estaba suspicaz a primeras, sin saber qué podía encontrar de emocionante en acompañar a un repartidor.

Una vez más, no pudo hallarse más equivocada, más sorprendida por el suceso. Pues Vanaluz, antes tan ajena y distante, ahora le recibía con los brazos abiertos. Los jóvenes preguntaron por ella, le hablaron, le sonrieron. Parecían felices, de un modo que ni ellos mismos entendían, de conocer a una persona nueva.

Y ella sonreía. Jugaba, reía. Se divertía, con aquella gente que ya no eran pueblerinos, ya no eran distantes, ni eran distintos. Eran personas de carne y hueso, como ella. Les sonrió, finalmente.

Así fue como, terminando la ruta de reparto, escucharon las campanadas del llamado del Alcalde. Caitlyn se sorprendió, pero Mateu pronto le explicó la importancia del evento. Iban encaminándose juntos, pero en el camino, Caitlyn preguntó:

“Mateu, si tu labor es escribir, ¿por qué siempre andas tan zaparrastroso?”

“... Eso... es complicado de explicar.”

Dijo él, cerrando sus ojos. Su expresión era de duda, por un momento. Incluso presionó los párpados. Lo cierto es que no quería confesarle la verdad a la jovencita, puesto que le era muy personal.

¿Te gustaría saberlo...? Si no te gustaría, recomiendo saltar al siguiente capítulo. Voy a violar la privacidad de Mateu para contártelo, porque creo que lo amerita. ¿Si deberías sentirte mal...? Eso deberías decidirlo tú, no yo. Al final del día, estás viendo sus vidas, ¿por qué no ir más allá ahora

que puedes...?

Muy bien, aquí te va la exclusiva.

Todas las noches, Mateu se escabullía mientras todos dormían, y sacaba el diario de la basura. De cada basurero, de la ciudad. Como un ladrón, un animal salvaje, que se mete en las cosas ajenas. Pero, ¿por qué, te preguntarás...?

Sucede que, hay un hecho que no hemos atendido todavía, pero que tú has de haberte imaginado. Para imprimir a diario, hay un recurso necesario: El papel. ¿Cómo haría él para conseguirlo...? ¿De dónde sacaba el lienzo blanco imperfecto, en el que pintaba todos los días sus noticias y sucesos...?

Se dió que, cuando más lo necesitaba, Mateu comprendió el sentido del primer aparato. Era una recicladora de papel. Le tomó varios intentos, y no pocos desastres. Pero, finalmente, consiguió dominar el arte del reciclaje. Un arte naciente, todavía, pero un arte sin embargo.

Y fue así como Mateu se encaminó en la ardua tarea de publicar el único diario de Vanaluz- una y otra vez. Las mismas noticias, el mismo papel.

Así había sido, por una cantidad considerable de tiempo. Pero a él no le importaba ya el tiempo, solo continuar con su encomiable tarea.

Caitlyn... ...le vió, fijamente, un momento. Por un segundo, Mateu tembló. ¿Habría visto a través de él...?

En su lugar, le sonrió y le ofreció la mano.

“No me importa.”, le dijo. “Te quiero por lo que has hecho, aún así.”

Ella sonrió. Los ojos de él se anegaron. Se dijo por vez primera que repartir los periódicos había valido la pena.

Capítulo 6

VI

La Fuga Cantada

Primero eran hojas. Luego eran ramas. Luego los troncos mismos de los árboles. Cuanto más se alejaba de Vanaluz, más parecía que el sitio mismo buscaba retenerle. Pero él no miraba atrás. No dejaba de correr, de desesperarse en alejarse lo más posible del, seamos francos, horripilante sitio.

La rutina y la tranquilidad disfrazaban la más fuerte melancolía, y eso a él finalmente le había roto. Tal vez no tardaría demasiado en romper a otros jóvenes, que intentarían lo mismo que él. Huír, infructíferamente. Para ser asesinados, descuartizados, torturados por el mundo fuera.

Porque Vanaluz era horripilante, pero era también un paraíso. Pero ya no lo era para Careta. Para Careta no era más que un infierno. Tal vez El Infierno mismo. ¿Por qué, se preguntarán...?

Pues hemos de señalar que hace mucho tiempo, Careta vivió en una casa en medio del bosque. Pero, su hogar se vio invadido por el que llaman el Sombreado Gutural, cuando su padre falleció. Su madre se quitó la vida y él, quedó solo. Solo huyó, entonces. Y dicen por allí que es el único que alguna vez consiguió escapar de la sombra.

Y lo logró, es lo peor. Pero desde entonces lleva cuernos en su cabeza. Careta se sentía orgulloso de ellos, como si fuese un reconocimiento del abismo. Aunque lo más probable es que el abismo hubiese estado a mitad de convertirlo en algo más.

De un modo u otro, Careta pronto habría llegado a Vanaluz, donde se había refugiado. Había encontrado una gran compañía en Myrla, su Guardiana. Una gran amistad y tal vez alguna cosa más que su inocente corazón no llegaba a elucubrar.

Pero, pese a todas las alegrías, había una triste realidad. Y es que Vanaluz había caído también víctima del Sombreado Gutural.

Él al principio no lo notó. No lo notó, hasta que Myrla pronunció unas palabras fatídicas, que inevitablemente le trajeron el recuerdo de su madre.

“Hace años que no veo el sol.”

La tristeza de tales palabras le hizo desear poder hacer algo por ella. En ese momento, sin que ella entendiera por qué, había corrido a abrazarla.

Pero, ella no pareció entenderlo, y le abrazó de regreso como una hermana mayor, con ese cariño y calidez familiar que a él le gustaba y, conforme entraba en la pubertad, comenzaba a desesperar.

Nadie podía huir de Vanaluz. Eso él lo sabía. Pero pensó que, tal vez, si lo había logrado una vez, podría hacerlo de nuevo. Pero dejar atrás a Myrta...

Esa era una bestia distinta. Un dolor que no puede describirse comenzó a llenar sus ojos. Estos se nublaron. Él no los vio tornarse rojizos. Pero lo hacían, fruto del continuo llanto.

Rabioso, intentó algo que nunca había hecho. Comenzó a tirarse de los cuernos, a intentar arrancarlos, a provocarse a sí mismo daño y dolor. Sus gritos eran notorios, y su expresión cargada de miseria. Pero no se detenía, lo hacía con odio, con dolor, con sufrimiento.

"¡Detesto esto!", dijo él. Furioso, iracundo. Comenzó a pisotear el suelo, una y otra vez. Su fuerza era sobrehumana, pero esto tampoco lo sabía él, así que no se detuvo hasta haber hecho un buen pozo en el que se encontraba hundido.

Él lloró desconsoladamente, ahora atrapado por su propio pie. Pero aquella maldición, pronto sería también su bendición. Puesto que...

"¿Hola...? ¿Hola...?"

La voz de una joven. Careta la reconoció como la voz de uno de los dueños del café. Parpadeó, varias veces, cortando el llanto.

"¡Vete!", gritó, sin reparar en que rechazaba su única posibilidad de salida.

"¡Pero... Careta! ¿Qué ha sido de tí...?", la joven exclamó, acercándose al pozo.

"¡Déjame en paz!", respondió él, enfurruñándose cual niño pequeño.

Ella rió, incluso, pero no con malicia. Sino con una suerte de instinto maternal. Le extendió la mano, para ayudarle a salir. Y él, pese a su reticencia, acabó aceptándola. Así fue como Careta salió del pozo en que se encontraba.

Se vieron fijamente, uno pelirrojo, la otra pelicastaña. Ella le sonrió. Él miró a otro sitio.

“¿A dónde ibas, siquiera, que me oíste...?”, Careta

“Necesitaba pensar.”, Kanthia.

Ambos guardaron silencio, por varios segundos.

“Tu hermano quiere que te vayas.”, dijo Careta, de pronto.

...ella asintió, sorprendida. ¿Acaso era un secreto tan difundido...?

“Ven conmigo.”, dijo de pronto, y le tomó de la mano, corriendo- en dirección al bosque, una vez más.

Capítulo 7

VII

Mi hermano quiere que salga de aquí

Gauss siempre había sido así. Desde que Kanthia le recordaba. Obstinado, fijo. Indiferente a sus opiniones. Creía saber lo mejor para ella, y en eso se basaba para realizar sus acciones. No era una mala persona. Solo sobreprotector. Y tal vez algo egocéntrico, pero, ¿a quién ha matado un poco de egocentrismo...?

Definitivamente no a Kanthia, que ahora seguía a Careta, a través del bosque. Él le tomaba de la mano, corría, se abría paso con su fuerza descomunal. Kanthia le seguía. Era una joven atlética. Su hermano siempre le dijo que podría haberse hecho famosa como competidora. Pero ella no le daba tanta importancia.

Lo cierto es que a ella le gustaba su pueblo. Le gustaba su gente. Pero detestaba la sombra que cubría el espacio. Ella nunca había dejado de verla. El Sombreado Gutural no le había envuelto. Sospechaba que no era la única. Especialmente creía que era el caso con el Alcalde Evergreen. Pero no estaba segura de ello.

No estaba segura de muchas cosas, a decir verdad. Todo lo que quería era darle resolución. Por eso, cuando la bruja Agravialle vino a verla, como si supiera de antemano lo que pensaba hacer, ella no dudó en preguntar.

Le preguntó cómo detener el Sombreado Gutural. La bruja le miraría, fijamente. En silencio, por varios minutos. Le señalaría una dirección. Kanthia no sabría qué hacer con eso. Fue entonces que escuchó las campanadas. Fue entonces que fue a buscar a Gauss. Y allí donde no encontró a Gauss, encontró la nota.

La nota, fatídica, de su hermano, aquella página de cuaderno que le hacía saber lo que él pensaba. Ella la encontró dolosa, mucho. No pudo sino querer alejarse, de aquella casa, de aquel sitio. Como si estuviese en fundamental disonancia.

Era casi como un truco artrero. Una treta del Sombreado, asegurándole que incluso sus seres queridos querían que se fuera. Que le rechazaban. Rechazaban su entusiasmo, su energía. La confundían, confundían su vivacidad con deseos de irse. Desentonaba en el pueblo, y por tanto, no le querían allí.

Kanthia salió corriendo en la dirección que la bruja le señalase. Corrió a toda velocidad, cubriéndose los ojos con las manos. Y lloró. Cómo no.

Lloró, muchísimo. Pero pronto se encontraría con Careta.

Y sería con él que iniciaría una pequeña aventura. Un microrrelato, si se quiere, aunque yo me tomaré la libertad de extenderlo un poco para hacerles saber sus pensamientos y sus sensaciones.

Se dió que comenzó a lloviznar, pero los árboles, el follaje oscuro, les protegían. Podían, sin embargo, oír el constante repiqueteo de las gotas, cayendo sobre sus cabezas. Era un sonido ameno, pacífico. Bienvenido, incluso, tras la monotonía de Vanaluz, los juegos sin sentido, la alegría sorda.

“Ya casi...”, Careta musitó, abriéndose paso. Kanthia notó que, conforme avanzaban, le invadía un miedo fundamental. Un terror difícil de explicar. Solo corría, y corría. Y Kanthia no sabía por qué le seguía, solo lo hacía. Tal vez porque iba en la misma dirección que la bruja le había dicho.

Si eso, acaso, tenía algún valor. Pronto ella lo descubriría. Puesto que frente a sus ojos, sepultada entre los árboles y arbustos crecidos más de la cuenta, había una casa abandonada.

“Se fue...”, dijo Careta.

“¿El Sombreado...?”, preguntó ella. Como si las ideas conectasen.

Alternó con él. Él asintió, sus ojos temblando. Ella supo entonces. Él, alguna vez, vivió aquí. Se acercaron a la entrada, caminando entre la maleza. Alerta, ante cualquier amenaza posible, fuese un bandido, un animal salvaje, una criatura que no llegasen a imaginar.

Pero, nada saltaba a su encuentro todavía. En su lugar, les recibió una sala de estar repleta de insectos y telarañas. La joven se asqueó un poco, pero siguió adelante. Tanto vivir en Vanaluz le había hecho aprender a vivir con sus temores.

El joven descendería, al sótano, a lo más profundo de la vivienda. Allí, no quedaban más que huesos, de lo que alguna vez fue una persona que había amado. Careta dejó escapar sus lágrimas, acercándose.

“Solo queríamos que todo desapareciera.”

“¿Lo lograron...?”

“Sí. Dejando de ver.”

... Kanthia tembló, un momento. Pareció entenderlo, como si algo encajase en sus ideas. Tomó la mano de Careta y le invitó a regresar... ¡Pero...! De pronto, cuando volvieron la vista, el Sombreado estaba en todos lados.

Los insectos se acercaban, como una maraña de alimañas que buscaban abrumarles hasta la muerte.

Por vez primera, el Sombreado se alzaba en contra de ellos. Como si hubieran transgredido alguna suerte de límite, alguna barrera invisible. Kanthia instó a Careta a subirse a alguno de los muebles. Ambos veían con desesperación como las criaturas iban subiendo por las patas del mismo.

De pronto, fuego. Careta, diestro con las llamas, había encendido una chispa usando fósforos que tenía consigo. ¡Las criaturas retrocedieron...! Visiblemente asustadas, ante el fenómeno.

“Detestan la calidez.”, musitó él, viéndolas con desprecio.

Tomó de la mano a Kanthia y comenzó a correr con ella, abriéndose un minúsculo hueco con el pequeño lucero que tenían consigo. ¡Regresaron, escaleras arriba!

...

Pero arriba estaba infestado de alimañas, por todas partes. Y no solo insectos. Serpientes, aves, toda clase de criaturas que parecían dispuestas a quitarles la vida.

Kanthia sollozaba, aterrorizada. Careta alternaba, determinado. Todo parecía indicar que ese era su final.

Fue entonces que sucedió un milagro.

Me perdonarán si lo mantengo secreto, por ahora.

Capítulo 8

VIII

Yo Nací en Vanaluz

Su nombre siempre ha sido Evergreen. O al menos, así le recuerdan. Tal vez es una deformación. Tal vez es "Ever Green". Tal vez es algo más. Pero, es difícil de saber con certeza, puesto que nuestro querido Alcalde siempre ha mantenido su vida personal en misterio. Enigmático, excéntrico. Querido, cálido.

El protector de los jóvenes, el defensor por excelencia del pueblo. Incluso cuando la sombra se cernió sobre ellos, él tenía en sus ojos un brillo particular. Y sonreía, vaya que lo hacía. Hablaba con gusto con todas las personas, y era de los pocos que podía romper su rutina sin incomodarlos. Era, entonces, ajeno a la monotonía.

Pero la monotonía no era ajena a él, que encontraba tremendamente aburrido y predecible el manierismo y las costumbres de sus ciudadanos. Era el joven de más edad en Vanaluz. Y en virtud de su edad, le nombraron Alcalde. Solo en virtud de su edad. Eso es lo que él creía.

La verdad es que había otros motivos, más profundos, más personales, por los que ellos querrían que él les liderase. Era un joven decidido, capaz, y sobre todo, influyente. No había sitio donde no pudiera dar una mano, y no había persona que no agradeciera su compañía. Todos estaban un poco menos solos en Vanaluz, desde que él asumiera el cargo.

Y tal vez, ese era su único consuelo, el consuelo del pueblo. Luego de ser nombrado, por varios días el joven Alcalde pasaría pensando y rumiando la situación. No parecía haber encontrado salida más que seguir adelante con la rutina y la realidad tan bizarra que les rodeaba. Y es que Vanaluz ya no era parte de lo común, sino de algún espacio entre aquí y allá.

Entre aquí y allá, entonces, es que el Alcalde decidió el día de la fecha llamar a una reunión del pueblo, siguiendo la noticia de la muerte de dos niños y la desaparición del joven Careta. La gente estaba expectante, sin saber qué sería lo que podría traerse entre manos. Una vez más, la monotonía se rompió. Pero, no estaba tan mal si era él quien lo hacía.

El joven, alto, pelicastaño, se encontraba al final de la Iglesia, que ahora hacía las veces de sala de reuniones. Parado sobre el altar, recitó en silencio una oración, a alguna religión que no nos compete, pero que a él parecía moverle profundamente.

La gente fue entrando, una a una. Las personas iban sentándose. Myrla, sollozante, estaba allí. Gauss, ensimismado, estaba allí. Agravialle, enigmática, estaba allí. Mateu, sonriente, estaba allí. Caitlyn, risueña, también lo estaba.

“Yo Nací en Vanaluz.”, comenzó él. “Como todos ustedes, yo nací en este pueblo. El sitio me dió la vida. Me dió de comer. Me cobijó, me acompañó. Pero, así como la ciudad alguna vez nos dió, lleva tiempo quitándonos.”

La sombra se hizo visible, para todos, un momento. Nadie se sorprendió en absoluto, como si, más que ignorarla, fuese para ellos otra faceta de la vida misma.

“Una vida como esta, no es vida.”

“Un momento como este, no es realmente momento.”

“Nosotros no vivimos en el presente que nos fue dado.”

“Vivimos en el pasado que nos arrebataron.”

“Nuestros padres partieron...”

“Y todas las ilusiones se volvieron pesadillas.”

“Y todo lo que queríamos era repetir la misma cosa, una y otra vez.”

“Y todo lo que queríamos era cubrirnos los ojos y pretender que jamás creceríamos.”

“Pero mírennos. Crecemos.”

“Somos más grandes hoy de lo que fuimos ayer.”

“Somos más grandes hoy que cuando la guerra comenzó.”

“Yo Nací en Vanaluz.”

“Mi corazón es brillante, pero mis manos flaquean.”

“Todas las virtudes que me atribuyeron, no consigo hacer nada de ellas.”

“Yo nací en vana luz.”

“Todas las sonrisas, fueron nimias, porque mi tristeza siguió siendo más fuerte.”

"Yo nací..."

"Todos nuestros corazones latieron al unísono, el día que nuestros padres partieron."

"Y decidimos nunca separarnos."

"Nosotros nacimos."

"Y es por eso..."

"Que las sombras nos rodean."

"Que la luz del cielo nunca toca nuestros suelos."

"Que nuestro pulso es comparable al de la tierra."

"Porque en este espacio, no entra nada más que la pena."

"Vanaluz, es el reducto del olvido."

"Ustedes me hicieron Alcalde."

"Y yo, desde que he asumido el puesto. No he hecho más que investigar. Este fenómeno. Esta realidad."

"Nuestra realidad."

"Mis hermanos y hermanas."

"Nosotros nacimos en vano."

"Somos una generación perdida."

"Un punto muerto en los árboles genealógicos."

"Una rama, cortada."

"Es por eso que volveremos al polvo."

"Volveremos al polvo, para no regresar."

"Les digo yo: ¡Adiós!"

"Adiós a Vanaluz."

"Adiós a esta tierra."

“Pero...”

“Un día nos encontrarán.”

“Encontrarán al montón de huérfanos que dejaron solos.”

“Y cada uno de sus cadáveres dirá lo mismo.”

“Yo nací en Vanaluz.”

Cuando el Alcalde terminó su discurso, la sombra lo había engullido todo.

Capítulo 9

Epílogo

Caitlyn escuchaba el discurso con mirada hipnotizada. Sus manos juntas sobre las piernas, sentada como estaba en la banca. Mateu alternó con ella, y su mirada se mostró consternada. Como si anticipase algo, respiró profundamente.

“Oye.”, murmuró, a la bruja, sentada frente a ellos.

Ella se volvió, con expresión intrigada, y una sonrisa.

“Deshaz la Pócima.”

Las sombras comenzaron a rodearlos.

“Oh...”, dijo ella, viendo a Caitlyn. Caitlyn se veía a sí misma, dudando de muchas cosas. Una parte de ella quería irse con aquellas personas, como ya anticipaba. Otra parte quería quedarse. Quería permanecer allí. Quería aferrarse a su esperanza.

Agravialle suspiró. Una parte de ella ya no estaba allí. Quienes estaban junto a ella le veían de reojo, pues le notaban desaparecer antes que nadie. Caitlyn abrió más los ojos, ante esto. Pero la mujer no se alarmó. En su lugar, sacó un pequeño frasquito de su ropa, y se lo dió a Caitlyn.

“Bébelo.”, le dijo, con firmeza.

Pero ella ya no confiaba. Tenía miedo. Y alternó con Mateu, que le asintió. Y aún así, ella continuó dudando. Tomó las ropas con las manos, temblando visiblemente. Negó, muchas veces. No parecía realmente dispuesta. Mateu suspiró. Agravialle sonrió.

Pero... su decisión pronto sería puesta a prueba. Puesto que el espacio en torno a ella fue volviéndose... Más. Y más oscuro. Tenebroso, y temible. Poco a poco, los rostros fueron deformándose. Ella fue sollozando, mientras veía a la gente que ahora quería perdiendo su humanidad. El discurso terminaba, y ellos pronto no estarían allí.

Detrás de Evergreen, pudo ella ver la nada misma, que venía a llevárselos a todos. Venía, ¡El Olvido, venía...!

... en un ataque de pánico, Caitlyn abrió el frasquito y bebió su contenido. Inmediatamente, apenas lo tragó, sintió ganas de arrojar. Y lo

hizo, sin poder contenerse.

“...”

Un ojo... le veía fijamente. Desde su vómito. ...ella alzó la vista, lentamente... Por un segundo, todos le sonrieron, humanos, normales de nuevo. - pero al momento siguiente, todo se volvió polvo, polvo que se llevaba el viento.

Polvo que se escapaba de las manos de Caitlyn, que intentaba contener a sus amigos. La vorágine fue tal que le quitó el aliento, al punto de provocarle caer inconciente.

...

Despertó, quién sabe cuánto tiempo después, con un hombre sosteniéndola.

“¿Caitlyn...? ¿Señorita Caitlyn... está usted bien...?”

Era... uno de sus sirvientes. Parpadeando, ella se vió a sí misma. Comprobó que sus ropas eran las que tenía al principio. Se aferró, a aquel sirviente, y comenzó a sollozar.

“¿Y el pueblo...? ¿Qué ha sido del pueblo...?”

“¿Pueblo...? Señorita Caitlyn, aquí no hay ningún pueblo.”

“...”

Caitlyn Saburov volvería a su carro, sentándose en el mismo sitio que al momento de su llegada. Extendió su mano, por fuera de la ventana. Y por un segundo, sintió calidez envolverla.

“¡¿?!”, fue entonces, que lo notó.

El Sombreado Gutural... ¡¿Se había ido!?! Se había ido con la ciudad, se había ido con todo lo que había dejado atrás. Su corazón se aceleró un poco, y sus ojos volvieron a anegarse. El sol brillaba sobre aquella tierra, que sanaría, para albergar gente una vez más.

El motor encendió, el carro comenzó a vibrar levemente, y se pusieron en marcha. Comenzaron a andar por caminos traicioneros, peligrosos. Caitlyn iba cerrando sus ojos...

“¡Esperen...!”

Los abrió de golpe. Una joven pelicastaña y un joven pelirrojo les agitaban las manos, desde un costado del camino.

Caitlyn ordenó que pararan y, no hizo caso cuando le dijeron que eran extraños, que eran personas raras, que el joven tenía cuernos. Los abrazó, como si fueran sus hermanos. Se les aferró, y ellos se aferraron de regreso. Sonrisas cálidas.

Kanthia no lo sabía. Pero tenía ahora heterocromía, lo que significa, un ojo de color distinto al otro. En este caso, era uno rojizo, el otro pardo. A Caitlyn le parecieron bonitos. A Kanthia, cuando se lo hicieron notar, le parecieron curiosos.

“¿Pero... pero yo...?”, se vió a sí misma, parpadeando.

... y encontró, sin sorpresa. Que su cabello, tenía mechones blancos, pálidos, níveos.

“¡Hahaha...! Tengo más estilo así.”, bromeó. Ya no era la misma joven tan dolida que había llegado al ahora desaparecido pueblo.

“Vengan conmigo.”, dijo Caitlyn. “Puedo llevarles a la ciudad, o pueden vivir conmigo, incluso. Pero, no quisiera dejarles aquí.”

Pero, ambos volvieron la vista, rumbo a donde el pueblo alguna vez estuvo. Caitlyn lo entendió, pronto.

“Gauss...”

“Myrla...”

Se aferraron, una vez más. Les sonrió, la joven a ambos. Sus ojos brillosos, les asintió.

“Les estaré esperando.”

“¿...?” “¿...?”

“Cuando encuentren lo que buscan, vengan a buscarme a mí. ¿Creen poder hacerlo...?”

Asintieron ambos. Así partieron caminos. El sol brillaba y la luz reinaba en la tierra, tornándose brillante a través del follaje del bosque, de los árboles a medio despejar. Se despidieron. Y tal era el final y tal vez solo el principio.

Vanaluz es, después de todo, el sitio a donde las historias sin rumbo van a parar. Pero sus historias, ya tenían uno. ¿Tal vez... podrían escapar,

de sus garras...?

De un modo u otro. De algo estaban seguros. Y es que...

Cuando los jóvenes llegaron al claro que alguna vez fue el pueblo, y notaron la sombra aguardándoles, como queriendo volver a atraparles, tentándoles con la visión de sus antiguos hermanos y hermanas... Ellos le respondieron con cierta frase, al tiempo que se internaban en el oscuro.

“No hemos nacido en vano.”